

## Juan Botasso: “No tengo nada en contra del trabajo infantil, siempre y cuando no sean explotados, ni sea alternativo a la escuela”

El padre Juan Botasso no es especialista en trabajo infantil, pero nos concedió una entrevista para hablar del tema desde su larga experiencia en el Ecuador. Este año cumplirá 50 años de haber llegado por primera vez al país. Su labor incluye un estrecho contacto de varios años con el pueblo Shuar en la región amazónica, como también diez años en Cayambe. Fue encargado de la Universidad Politécnica Salesiana, tiene un doctorado en Antropología y es actual presidente del centro cultural Abya Yala. (Versión editada de la entrevista).

*Entrevista realizada por Patricio Rivas*

**Desde su experiencia con el Ecuador indígena y rural ¿Qué opina sobre el trabajo infantil?**

Yo también soy de origen campesino. Desde que yo recuerdo siempre he trabajado. Era una cosa absolutamente normal, de tal manera que yo no demonizaría el trabajo infantil. A mí me parece que el trabajo infantil es condenable solo cuando es alternativo a la escuela, cuando para trabajar el niño no se educa. Eso sí que no es aceptable, porque se le corta al niño cualquier posibilidad de inserción en la sociedad en un mañana. Uno puede educarse y, en algún momento, hacer algún pequeño trabajo de acuerdo a su edad, su fuerza y su entrenamiento. Esto es lo normal en la mayoría de los pueblos del mundo.

Yo no tengo nada en contra del trabajo infantil, siempre y cuando no sea una explotación. Porque en muchos casos se trata de eso, se trata de un trabajo infantil que es causado por el destroz de la familia. Hay adultos que viven de los niños. Hay adultos que los explotan para la mendicidad, hay adultos irresponsables que obligan a los niños a trabajos superiores a sus fuerzas. En Bolivia he visto a niños trabajar en las minas, en socavones de 80 centímetros de alto, cargando costales pesadísimos, llenos de material. Evidentemente esto es condenable. Pero lo que sucedía en las sociedades rurales es que el niño ayudaba de acuerdo a sus posibilidades. No

necesariamente se trataba de una alternativa a la escuela. Yo contra eso no tengo grandes objeciones, ni mucho menos. Entre los Shuar el niño desde pequeño seguía al papá y empezaba a imitarlo, a ayudarlo en la cacería, la pesca. La niña iba con la mamá a la huerta, hacía alguna cosita, estaba viendo, estaba aprendiendo y paulatinamente iba insertándose en el sistema productivo. No creo que para esos pueblos se pueda hablar de explotación.

**¿Cree usted que existiría realmente una diferencia entre el mundo campesino y del pueblo shuar?**

Claro que hay diferencias, como las hay entre las culturas. Se trata de dos formas de economía, dos formas de producción absolutamente diferentes. Evidentemente los dos sistemas involucran a los miembros de la familia de una manera distinta. Una cosa es llevar al niño de cacería y otra cosa es tenerlo diez o doce horas cavando en el campo. Porque, si va a la escuela y hace los deberes, le queda muy poco para trabajar. Ese poco, si es acorde con las fuerzas del niño, no es algo que deforme, que cercene, que comprima su personalidad. Puede ser todo lo contrario, porque lo va preparando para una vida que será dura. Yo agradezco que mi infancia haya coincidido con los años de la segunda guerra mundial, un tiempo de estrecheces y privaciones:

La palabra



Foto: Patricio Rivas



Foto: Patricio Rivas

aquello me entrenó para afrontar las dificultades que, en la edad adulta, me tocó vivir en la Amazonía.

También los esquemas mentales son diferentes. Hay culturas, como algunas de los Andes, que consideran que la mujer no necesita ninguna educación. En base a esta visión las familias no mandan las niñas a la escuela, porque dicen que no sirve, que no les hace falta, porque la mujer no la necesita. Son mentalidades que van cambiando poco a poco. Las familias van entendiendo que la sociedad ya no es la misma y el papel de la mujer no es el del tiempo en que su rol se limitaba al área familiar. Pero se trata de un proceso lento, durante el cual hay que acompañar a los distintos grupos con tino y paciencia. No son cambios que se puedan imponer con la fuerza. Para hacer un ejemplo: en Afganistán existe una actitud hacia la mujer que para nosotros es inaceptable. Pero no se puede bombardear el país para que las cosas cambien.

**En base a su experiencia en el Ecuador indígena ¿Cómo entender que un niño aprenda y socialice acompañando a su padre en su labor diaria?**

Yo trabajé bastantes años con los Shuar. Lo que observé es que en aquella sociedad cada miembro conocía todo lo que un adulto debía saber, para sobrevivir en la selva: cultivos, cacería, pesca, construcción de la casa....Solo el chamanismo exigía una especialización, que se adquiría a través de un largo aprendizaje. Pero se trataba de pocos individuos. Cada uno, hombre y mujer, llegaba a la madurez habiendo interiorizado todo lo esencial. Solo le faltaba probar su capacidad, su resistencia, su valor a

través de ciertas demostraciones, como participar en guerras, largas cacerías, días y noches en la selva, si era varón. Casi no existía la que llamamos adolescencia. Había un fluir de la vida que desembocaba, casi sin sobresaltos, en la edad en que se formaba una nueva familia.

Nuestra sociedad es totalmente diferente, es una sociedad que necesita infinitas especializaciones. Desde muy temprano cada uno debe escoger un camino que lo llevará a ser sastre, piloto, médico o mecánico....Escoger un camino significa renunciar a todos los demás.

**Usted hace una diferencia entre el trabajo y la explotación**

Exacto, porque la diferencia es enorme. Si un niño por A o por B dedica dos horas diarias a limpiar zapatos y después va a la escuela y hace sus deberes no le veo un gran problema. Pero si se le obliga a cargar bloques durante ocho horas, y eso no le permite ni crecer, ni desarrollarse, eso es algo criminal. ¿Qué hace el niño las 24 horas del día? Tiene que estudiar, descansar, alimentarse. Si, además, ejerce alguna actividad como poner en orden su cuarto, hacer ciertos mandados para la mamá, ayudar a lavar los platos, a barrer, a atender en la tiendita, yo no veo que eso sea perjudicial. Otra cosa es que el padre lo haga trabajar de forma irresponsable y que ese pobre niño tenga que mantener a la familia. Esto puede solo darse en culturas que han perdido el rumbo, pero no en las culturas tradicionales. Volviendo a mi experiencia en el Oriente, yo recuerdo que cuando los chicos shuar iban de pesca o de cacería con el papá, jugaban y trabajaban al mismo tiempo.